

CARLOS VELÁZQUEZ
MI NOMBRE ES LODO

KARLA ZÁRATE
TÚ, MI DESASTRE

JESÚS RAMÍREZ-BERMÚDEZ
PLURALISMO Y NARRATIVA CLÍNICA

NÚM. 414 SÁBADO 12.08.23

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]



Fernando del Paso en 1988, un año después de la publicación de *Noticias del Imperio*. Foto: Tomás Martínez/Cuartoscuro

Fernando del Paso

NOTICIAS DEL IMPERIO Y LA NUEVA NOVELA HISTÓRICA

HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ

APUNTES DE UNA VIDA LECTORA

BIBIANA CAMACHO

POEMA "VIAJE A LA LUNA"

BLANCA LUZ PULIDO

No sólo ilumina el pasado, también ayuda a pensar de forma crítica el presente: ésta es una particularidad de la novela histórica, gestada a fines del siglo XVIII. Para Héctor Iván González, *Noticias del Imperio* es un caso emblemático de lo que llama nueva novela histórica, cuyos matices frente a las obras canónicas del género resultan sustanciales. Aquí propone un recorrido conceptual del mismo, así como un análisis de la que acaso sea la obra cumbre de Fernando del Paso en la que, en vez de pontificar sobre personajes o hechos, el polígrafo mexicano rellena con solvencia los vacíos y huecos de personajes como Benito Juárez, Maximiliano y Carlota.



Noticias del Imperio

ENTRE LA NOVELA TOTAL Y

LA NUEVA NOVELA HISTÓRICA¹

HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ

@HéctorIvanGP

Fernando del Paso (Ciudad de México, 1935-Guadalajara, 2018) escribió tres novelas totales: *José Trigo* (1966), *Palinuro de México* (1977) y *Noticias del Imperio* (1987). Desde el inicio tuvo una vocación hacia esta forma narrativa, una que busca capturar mundos o estados del mundo, llamada a registrar algo de la realidad que otras artes u otros géneros no pueden hacer. La novela total postula un mundo —o una versión de éste— a partir de la representación de todos los aspectos sociales.

DE LO TOTAL A LO HISTÓRICO

Gran parte de los románticos del siglo XIX intentaron hacer novelas totales en Europa; como herederos de esa tradición, los latinoamericanos del XX persiguieron la misma meta. Una característica de la novela total es que trabaja a partir de particularidades históricas, geográficas o existenciales: *Les Misérables*, de Victor Hugo, representa, con la vida de Jean Valjean, los antecedentes de la revolución de 1832 en Francia, mientras *Ulysses*, de James Joyce, nos da todas las ideas que pasan por la mente de Leopold

Bloom el 16 de junio de 1914. Siguiendo esta lógica, *José Trigo*, *Palinuro de México* y *Noticias del Imperio* son novelas que aspiran a ser totales. Cada una representa un mundo, el de la lucha ferrocarrilera, el de la medicina y la publicidad o el de la Intervención francesa de 1862-1867.

Dentro del concepto de novela total incide otro fenómeno: el autor vierte en ella todos sus recursos literarios y toda su experiencia adquirida. En la escritura de Del Paso hay una progresión artística, crece la experiencia acumulada y se acerca a una concreción de su objetivo, por lo cual *Noticias del Imperio* —desde mi punto de vista— es su obra cúspide. En ella concentra todo un proceso de investigación, trabajo, conocimiento y experimentación literaria. Este tipo de narrativa total es voraz, por lo que también está compuesta por una constelación de géneros, como la novela epistolar, la enciclopédica, la biográfica, la política y la histórica. Uno de los principales aspectos que merecen discusión es la disyuntiva provocada por la lectura de que *Noticias del Imperio* es una novela histórica que se contrapone al documento

Foto ▶ Roberto Feregrino

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director
@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora
@JSantibanez00

Natalia Durand

Colaboración editorial
@yosoycanelafina

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial ▶ Adrian Castillo Coordinador de diseño ▶ Carlos Mora Diseño ▶ Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15

historiográfico autorizado, es decir, la cuestión es qué tanto responde a lo que *realmente* sucedió durante la Intervención francesa (1862-1867) y en la etapa previa, durante la implementación de las Leyes de Reforma. No obstante, esta discusión me parece un poco superada, pues nadie lee una novela pensando que va a encontrar *la verdad*.

Aunque haya libros con rasgos históricos en la época clásica, la novela histórica como tal nace con Walter Scott (1771-1832) y su *Waverley* (1814). Ésta es una figura inaugural para el género, que seguirían otros escritores en Europa e Hispanoamérica. Cabe señalar que en esa misma época a la Historia se le acababa de otorgar un lugar privilegiado, a la altura de una ciencia. De acuerdo con Jacques Le Goff alcanza el estatuto de disciplina científica hasta fines del siglo XVIII; previamente era auxiliar de la moral, del derecho y la teología. En el tiempo de Gibbon no existe una *verdadera historia*; en cambio, para Voltaire o Michelet ésta es el “estudio crítico y constructivo cuyo campo es el pasado humano en su integridad y cuyo método es la *reconstrucción* de ese estudio a partir de los documentos escritos y no escritos, críticamente analizados e interpretados”.² En Francia, François Guizot conforma un Comité de Trabajos Históricos (1834), así como en Alemania, Leopold von Ranke (1795-1886) se erige como la figura del historicismo alemán. Debido a este paralelismo ante la Historia, la novela histórica tiene “un nacimiento acomplejado”, a decir de la académica Hebe Molina.³

Por su parte, esta modalidad narrativa se dedica a venerar a los próceres, los héroes que fundan la patria al darle independencia de una corona: Waverley, Ivanhoe, Ben-Hur, Rob Roy, los Tres Mosqueteros, Cromwell. Este género reconstruye la epopeya que ha hecho posible la patria o que la ha liberado del opresor. Por eso, en muchos sentidos la novela histórica tiene un fin didáctico, educativo y edificante para los lectores. Es el género que entra a la biblioteca familiar sin ningún tipo de censura.

RELATO PARA EL PRESENTE

Al ser un movimiento que pondera la lengua de la región, el Romanticismo se ocupa de los temas del país y de su geografía. También surgen las temáticas de las grandes pasiones y del heroísmo absoluto, lo cual será sobreexplotado por los *best sellers* históricos. Como tal, en valía la *historia ficticia* va a la zaga de la *historia verdadera*. Sin embargo, como señala la especialista argentina María Rosa Lojo, hay “una certidumbre de que la Historia no es ‘el hecho, sino el relato’ de hechos en sí inaccesibles. La novela se autopropone como ‘relato alternativo, otra versión’”. En muchos casos, la novela histórica busca corregir, confrontar o despejar incógnitas de la historia oficial, así como también recurrir a la historia —es decir, al pasado— para dar luz sobre alguna cuestión que se debatía en el presente inmediato.⁴ No en vano, Del Paso expresó en “La novela que no olvide”:

Me di cuenta, en lo que se refiere concretamente a ese episodio de la historia mexicana considerado no sólo por separado, sino en su relación con la actualidad histórica de México, de que existe en general una enorme ignorancia al respecto. Una ignorancia que abarca un espacio mucho más vasto del vacío, por así decirlo, y que implica la falta de una conciencia histórica que no puede obtenerse sino mediante la depuración de la versión oficial de la historia.⁵

Y, al hablar de su obra en la Universidad de Notre-Dame, señaló:

[...] me propuse descubrir hasta qué punto en esas tres novelas —consideradas en su conjunto— se destaca la inmovilidad de numerosos aspectos de la vida política y social de México, nada más que por contraste —o sobre todo— frente a los cambios que sí han ocurrido y continúan ocurriendo, por culpa del imperialismo, por culpa nuestra y por culpa del siglo, y que sin duda han afectado de manera profunda a la sociedad mexicana.⁶

A fin de respaldar esta perspectiva, Del Paso se apoya en una cita de Lukács. La novela histórica, en sus mejores manifestaciones, no inventa: interpreta y clarifica. Es decir, “[el] descubrir los pies de barro de nuestros héroes y en pocas palabras [mostrar] cómo ha sido pervertida la historia, me decidió a crear, para mi novela, su propio modelo.”⁷ Sobre eso concluye que quiso: “enseñar la verdad histórica que he aprendido. Me decidí a no olvidarme de toda esa información y a tratar de transmitirla en un libro que no quiero que sea historia novelada ni novela histórica aunque sea ambas cosas.”⁸

Además, comprendió que la investigación histórica le sería de gran utilidad, pues lo dotaría de un camino sólido en su trabajo, por lo cual considero que *Noticias del Imperio* está influida por la novela histórica francesa del siglo XIX. En este caso se aproxima a obras como *Les Misérables* y *Notre-Dame de Paris*, de Victor Hugo, *Le Comte de Monte-Cristo* y *Les Trois Mousquetaires*, de Alexandre Dumas. En todas estas obras hay ejemplos significativos de la novela que dialoga con la historia (como narrativa y conservación de los hechos trascendentes de la sociedad), y con la historiografía (las distintas formas de llevar un registro escrito y una interpretación de estos sucesos ante el vacío de la verdad oficial), pero que busca



“LA HISTORIA NO ES ‘EL HECHO, SINO EL RELATO’ DE HECHOS EN SÍ INACCESIBLES. LA NOVELA SE AUTOPROPONE COMO ‘RELATO ALTERNATIVO, OTRA VERSIÓN’”.



Fernando del Paso (1935-2018).

cumplir otros objetivos a partir de la ficción imaginativa. Actualmente, Mario Vargas Llosa habla de que la novela de ambientación histórica acerca la historia al gran público. Mientras la historia, como materia, es cada vez más especializada, la literatura, por su parte, da espacio a una amalgama con la ficción.

SONDEAR UN MOMENTO CLAVE

Según Seymour Menton, *Noticias del Imperio* forma parte, en muchos sentidos, de una *nueva* novela histórica que puede ser analizada a la luz de las obras francófonas antes citadas. Al ser la Intervención francesa la columna de la historia, Del Paso crea un vínculo directo entre Francia y México. El autoproclamado Segundo Imperio Bonapartista (1852-1870) fue una dictadura originada por el Golpe de Estado de 1851, de pésimos resultados para el desenvolvimiento de ese país y cuyas nefandas repercusiones llegaron hasta el nuestro. En Europa, el siglo XIX estuvo colmado de invasiones, guerras, imperios, revoluciones y restauraciones que se sucedían con la rapidez de algunos meses o semanas. Especialmente si observamos una continuidad en la Intervención francesa y austriaca de 1862-1867 hasta el asesinato del archiduque Francisco Fernando —sobrino de Maximiliano— en 1914, podemos colegir que hubo una cadena de sucesos que ya vislumbraban un siglo tan violento como lo fue el XX.⁹ Por lo tanto es posible colegir que una de las aportaciones de *Noticias del Imperio* es que representa críticamente ese mundo, discute las ideas de la época, deconstruye las figuras históricas y expone una documentación amplísima de ese episodio del siglo XIX. Desde luego, observa el fenómeno de la Intervención desde su presente, y a la vez arroja luz sobre el episodio histórico.

“FERNANDO DEL PASO PONE SOBRE LA MESA
EL TEMA QUE PERMEÓ EL SIGLO XIX: SI LOS
MEXICANOS SOMOS CAPACES DE GOBERNARNOS
A NOSOTROS MISMOS O SI REQUERIMOS
DE UN GOBIERNO EXTRANJERO QUE NOS RIJA”.

Ya que hemos situado la novela histórica a finales del siglo XVIII, podemos ubicar los libros que novelaban la historia a finales del siglo XX como una *nueva novela histórica*, en tanto reconocen las obras pioneras, las han estudiado, pero en poética, técnica y contexto ya son diferentes; incluso las emulan, pero en clave de derrota. Gabriel García Márquez con *El otoño del patriarca*, Alejo Carpentier con *El reino de este mundo*, Reinaldo Arenas con *El mundo alucinante*, Mario Vargas Llosa con *La guerra del fin del mundo* y *Tiempos recios*, así como Fernando del Paso, son prueba de ello.

Del mismo modo, la tesis de la novela contrasta la corriente natural de las novelas históricas, al no replicar “la historia verdadera”¹⁰ ni eleccionar sobre los ideales del hombre blanco invasor o imponer “el proyecto de dominación del orden burgués”,¹¹ como señala la teórica Doris Sommer. Reitero, se ha escrito la *nueva novela histórica* como un medio de reflexión, un sondear en algún momento clave, para encontrar una posible solución al presente.

Ya no se trataba de educar las subjetividades, como antaño, mediante la representación de la epopeya nacional, sino orientarse —u orientar al lector— con respecto a alguna cuestión política nacional. Como *nueva novela histórica*, y también como *novela política*, Del Paso pone sobre la mesa el tema que permeó el siglo XIX, si los mexicanos somos capaces de gobernarnos a nosotros mismos o si requerimos de un gobierno extranjero que nos rija, ya sea conservador o liberal, pero extranjero al fin; uno que pretenda civilizarnos o salvarnos de nosotros mismos. El hecho de que Del Paso se lo planteara entre 1977 y 1987 —tiempo de redacción de la obra— se puede relacionar con los años introductorios del neoliberalismo y la discusión acerca de si México (y los demás países latinoamericanos) eran capaces de dirigir su propia economía

o requeríamos de Estados Unidos, del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial.¹²

Como tal, *Noticias del Imperio* también destaca por tener una postura crítica, en su momento, frente a cuestiones que ya se habían planteado en épocas pasadas, como el imperialismo y las intervenciones militares. Para redondear la idea hay que señalar: si bien la novela histórica o la nueva novela histórica parten de un relato, cada autor busca la forma particular de escribirlas, por lo cual no se puede hablar de una sola poética para este género literario. El propio Scott buscaba que fuera un género versátil y experimental en todos los sentidos.

SILENCIOS, VACÍOS, HUECOS

El móvil de Del Paso, como ya vimos en su ensayo “Un siglo y dos imperios”, radicaba en combatir la ignorancia que existía acerca de ese episodio, aunque también estaba en sus planes dar una versión más vasta: complejizar la discusión respecto a la Intervención francesa frente a varios historiadores y varios “*corresponsables*”. Él mismo menciona que los cronistas de otras regiones fallan en su diagnóstico de México:

Leer los libros de Chevalier, de Coindet o de la inteligente Frances Erskine Inglis —la célebre Marquesa— es una experiencia fascinante y desoladora a la vez. Se trata, claro está, de puntos de vista de europeos que desconocían el modo de ser del mexicano, sus tradiciones, sus convencionalismos sociales, su cultura. Se trata, sobre todo, de opiniones que, sin pena ninguna, podemos calificar como *imperialistas*.¹³

La circunstancia lo impulsaba a investigar y escribir su obra. Como él mismo decía: “me casé con la literatura, pero mi amante es la historia”, y yo

agrego la política, que también lo enardecía. Según explica María Rosa Lojo:

En ese punto neurálgico: el presente, la novela proclamada histórica confluye con la política. Y aunque ya no se tome partido en forma más o menos ingenua, al modo de los novelistas decimonónicos [...], se apela al aquí y ahora, desde y por el relato del pasado, y se exhiben los nudos problemáticos.¹⁴

Creo importante recalcar la manera en que *Noticias del Imperio* cambia la versión oficial de Carlota, Maximiliano y Juárez, a la manera en que Dumas alteraba los acontecimientos. Es a partir de los silencios, los vacíos y los huecos que deja la Historia, que este tipo de novelistas crean su historia, pues basados en hechos reales exponen las subjetividades, imaginan conversaciones, especulan respecto a pasiones y actos impulsivos de los protagonistas. Del mismo modo juegan intercalando personajes secundarios, algunos reales, otros ficticios, inventan cartas, descubren accidentes militares, y de ese modo, dan la oportunidad de narrar “la biografía íntima de los países”, tal como pretendía Balzac. Del Paso mostró respecto a esto una postura muy estricta, debido a que la licencia para falsear a los personajes históricos se la otorgaba conocerlos a tal grado que su voz tendría que pasar por la criba de la verosimilitud, un tamiz personal. Una criba que él había desarrollado con el estudio pormenorizado de la historia durante centenares de horas. ■

HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ

(Ciudad de México, 1980) es autor de *Una leona rampa en la noche* y *Resistencia superficial*, entre otros libros. Realiza un doctorado en Literatura Comparada sobre *Noticias del Imperio* en la Unidad de Posgrado de la UNAM con un apoyo del CONAHCYT.

NOTAS

¹ Palabras leídas en el homenaje al maestro Fernando del Paso, el 6 de abril, 2021, en El Colegio Nacional, gracias a la invitación de Juan Villoro, Carmen Villoro y la familia Del Paso.

² María Rosa Lojo, “La novela histórica en la Argentina, del romanticismo a la posmodernidad”, *Cuadernos del CILHA*, Universidad del Cuyo, Argentina. Consultado el 9 de febrero, 2023: <https://www.redalyc.org/pdf/1817/181730583005.pdf>, p. 39.

³ Hebe Molina, “Un nacimiento acomplejado: Justificación de la novela en el contexto decimonónico argentino”, *Alba de América*, vol. 25, núms. 47 y 48, julio, 2006, pp. 457-466.

⁴ María Rosa Lojo, *Op. cit.*, p. 38.

⁵ Fernando del Paso, “La novela que no olvide” en *Obras III. Ensayo y obra periodística*, UNAM / COLNAL / FCE, México, p. 958.

⁶ _____, “Un siglo y dos imperios” en *Ibidem*, pp. 1017-1018.

⁷ _____, “La novela que no olvide”, *Op. cit.*, p. 959.

⁸ _____, *Ibidem*, p. 961.

⁹ Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo xx. 1914-1991*, traducción de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells, Crítica, Barcelona, 2003.

¹⁰ María Rosa Lojo, *Op. cit.*, p. 43.

¹¹ Doris Sommer, *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*, University of California Press, Berkeley / Los Angeles / London, 1993.

¹² Hay una historia por contar sobre Fernando del Paso mientras trabajaba en la BBC de Londres y se abstenía sistemáticamente de dar notas sobre la guerra de las Malvinas. A quien interese el tema le sugiero acercarse a su obra *El va y ven de las Malvinas*, en el Fondo de Cultura Económica, colección Centzontle, 2017. De la misma manera, Del Paso tuvo una actitud antiimperialista que dejó huella en su tomo *Bajo la sombra de la Historia*, también del FCE.

¹³ Del Paso, *Op. cit.*, p. 1018. Las cursivas son del maestro Del Paso.

¹⁴ María Rosa Lojo, *Op. cit.*, p. 48.



La sensibilidad de poetas hispanoamericanos como Gloria Fuertes, Federico García Lorca, Gabriela Mistral, Jaime Sabines, Alfonsina Storni y Jorge Luis Borges se vio estimulada en su momento por la Luna. En esa misma tradición presentamos un poema de la mexicana Blanca Luz Pulido, a quien tuvimos recientemente en **El Cultural** en su faceta como traductora del portugués (edición 402). Forma parte del libro *Lunática / Moonstroke*, de próxima aparición bajo el sello Darklight Publishing (New York / México).

"VIAJE A LA LUNA"

BLANCA LUZ PULIDO

@Bluzpulido

No iré a la Luna nunca.

Del lecho de sus mares secos
nunca tendré una mínima roca;
nunca sabré si pesan en mi mano
lo mismo que las
piedras de la Tierra.

Conozco los nombres
con que los astrónomos
han decidido bautizar
sus accidentes:
Mare Tranquillitatis,
Mare Cognitum,
Mare Vaporum,
Mare Serenitatis...

Yo en cambio, vería en ella
el Mar de la Inquietud,
la Llanura del Insomnio,
la Cordillera de los Sueños.

Sin boleto para el viaje,
soy un polizonte
de las naves espaciales;
conozco el Mar de la Serenidad,
el Cabo de las Sorpresas
y otros sitios que son mejores
en la Luna que aquí abajo.

Salto de la almohada
directo hacia ella,
y de cualquier segundo distraído
atrapado en las manecillas del reloj
también.

Lo que me transporta
no es de metal
ni requiere combustible.

Mis viajes no aparecen
en las noticias;
no alcanzarían una palabra
en el diario más ínfimo.

Muchos días me pierdo
en alguno de sus mares.

Aquí abajo
se quedan esperándome
justo donde aparezco,
ahí donde no estoy.

Hay libros que he perdido
porque huyeron a algún estante
de las vagas bibliotecas de la Luna
esperando mi llegada.

En mi pared hay un mapa de la Luna;
cerrando los ojos apunto a un sitio en él
y decido que un día he de nacer ahí.

Entonces
podría ver de lejos mi país
y mi barrio y mi calle,
árboles, el campo y las montañas
y a todos los humanos
que habitan el planeta.

Y diría:
"Qué hermosa se ve la Tierra desde lejos".

Entonces tendría tiempo
para todo lo que
no puedo nunca hacer:
leer los libros
que esperan callados
en mis libreros;
siglos para pensar,
milenios para considerar
las hormigas, las aves,
las piedras
y la nada.

Azul y helada,
miraría
la lejana Tierra,
desde los desolados,
hermosos y secos
mares de la Luna. ☐

Asomarse a una biblioteca es husmear una intimidad. Como quien nos invita a su cuarto propio, la ensayista Bibiana Camacho recorre su camino lector: figuran afinidades con Quiroga, Mansfield, Hustvedt; el amor al libro como objeto; las resonancias entre la lectura y el viaje; los afectos contradictorios que ciertos libros despiertan al releerse. Para la autora que ha leído más por intuición que por dictado académico, no todo acontece al pasar el ojo por las páginas: "observar el mundo con detenimiento es otra forma de leer".

APUNTES SOBRE LA LECTURA

BIBIANA CAMACHO

@bibianacama

Con frecuencia miro a un pájaro solitario posado a la mitad de un cable que atraviesa la calle. Me pregunto cómo será observar desde allá arriba. La fragilidad solitaria de ese animalito me cuestiona. ¿Desde qué perspectiva observo el mundo? ¿De qué manera las lecturas me permiten mirar al mundo desde otras dimensiones?

A LO LARGO DE MI VIDA he disfrutado libros prestados, de biblioteca, comprados, extraídos. Intervine con ahínco el primero que me fascinó. Era sobre la historia de África, con fotografías en blanco y negro. Supongo que el estilo monocromático me intrigó y en un descuido me dediqué a rayar todos los espacios aburridos con crayolas de colores. En cuanto mamá descubrió mi empeño me lo arrebató de las manos y lo colocó en su lugar sin decir una palabra. Papá, que atesoraba su biblioteca, se tardaría años en descubrir mi travesura. Me aficioné a la lectura con Horacio Quiroga y sus inquietantes universos contenidos en "El almohadón de plumas" y "La gallina degollada". Mamá solía leerme los *Cuentos de la selva*; yo leía a escondidas, una y otra vez, los que me estrujaban, sin importar las pesadillas, los temores nocturnos y los ruidos que, me parecía, salían de ese objeto maravilloso al que me introducía con naturalidad y del que me resultaba complicado salir. Ahí descubrí que, como dice la argentina Paulina Vinderman, leer es una manera de descorrer las cortinas de lo real, de iluminar los rincones oscuros de la existencia.

Durante mis primeros años procuré llegar al final de cada libro, aun sin disfrutarlo. Lo contrario me parecía una falta de respeto; imaginaba que el autor o la autora me miraban desconcertados ante mi rechazo. También creía que era de mala suerte abrir un mundo y luego cerrarlo antes del punto final, como si mi atrevimiento fuera a causar catástrofes inimaginables en aquel mundo ficticio que, según yo, seguramente estaría ocurriendo en una tierra ignota. Pronto me desprendí de esas supersticiones. Ya no me da pena

arrancar el separador para ocuparlo en otro universo que me colme. Tampoco experimento vergüenza cuando un clásico al que se elogia con envidia no me atrapa; prefiero dejarlo de lado y hallar algo que de verdad me estremezca. Y es que no todas las lecturas son para todos. Cada quien construye su propia personalidad lectora y a veces es mejor dejar pasar libros que simplemente no dan un hachazo a nuestros sentidos. El encuentro con uno que nos embrujará durante el tiempo de lectura no depende sólo de lo que tiene o es en sí mismo, sino de una conjunción misteriosa entre el lector y la ocasión del encuentro.

La primera vez que intenté leer el poema "Eureka", de Edgar Allan Poe, no pude pasar de las primeras cinco páginas. Años después lo devoré con ansia. A veces el puente que une a quien escribió con quien lee sucede de maneras inesperadas, en los momentos adecuados. O simplemente no se da. Es cierto, no todos los libros son para todos, y qué bueno. Cada quien construye con calma y sosiego su propia personalidad lectora. En mi caso prefiero los títulos que me causan desconcierto frente al mundo, que me invitan a descifrar lo no dicho, lo que se oculta entre palabras. Me fascinan los que estrujan mis convicciones y me obligan a pensar de otro modo.

La casa familiar fue el primer sitio de préstamo de libros. Pronto, los

"PREFIERO LOS TÍTULOS QUE ME CAUSAN DESCONCIERTO FRENTE AL MUNDO, QUE ME INVITAN A DESCIFRAR LO NO DICHO, LO QUE SE OCULTA ENTRE PALABRAS".

lugares más adecuados fueron las bibliotecas, primero las escolares y después las universitarias. Me encantaba divagar en esos espacios de iluminación. Tuve la fortuna de no estudiar literatura ni nada parecido y me guiaba por la intuición, recomendaciones y, sobre todo, por la entrañable calidad de los ejemplares que funcionan como guías; un volumen fascinante siempre nos descubre otros. Ninguno se escribe a partir del vacío; cada uno pertenece a una tradición que lo antecede y es el punto de partida que genera la continuidad, la réplica, el desvío, la ruptura, la profundización, la rebeldía.

Durante una larga temporada me aficioné a recorrer las bibliotecas de la Casa de Francia y el Instituto Goethe, más la Benjamín Franklin. Tenía las tres credenciales y casi siempre un libro de cada una de ellas. *La pared*, de Marlen Haushofer, un volumen bilingüe de las poesías completas de Charles Baudelaire, *Filosofía de la danza*, de Paul Valéry, *Sin blanca en París y Londres*, de George Orwell y *El sótano*, de Thomas Bernhard, entre otros, me mantuvieron ligada a esas generosas y accesibles bibliotecas.

ENCUENTRO MUY AFORTUNADA la comparación entre lectura y viaje. A través de un libro se visita otros lugares, nuevas formas de pensar, de ser y de existir; una buena novela nos permite mudarnos a un mundo ajeno, que los lectores construimos de la mano del escritor. Quizá por eso poco importa mi destino o la duración del trayecto, siempre cargo una bolsa cuando salgo de casa: su única utilidad es contener un ejemplar. Confieso que tampoco me interesa si permanece en la bolsa o si



Foto: Nino Caré / pixabay.com



cobra vida ante mis ojos. Cargarlo me da confianza, un libro es un amuleto.

Durante años leí en el transporte público, mucho menos congestionado que ahora. Un día, mientras estaba absorta con los cuentos de Katherine Mansfield, levanté la vista con el temor de haberme pasado una estación o hasta dos, como me ocurría con frecuencia. Miré con incredulidad que más bien estaba justo en el otro extremo de la línea y mi regreso se prolongaría largos minutos, durante los cuales permanecí aturdida, con una inquietante sensación de haberme ausentado del espacio y del tiempo. Los libros poderosos nos poseen, ni duda cabe. En otras ocasiones prefería escuchar fragmentos de la plática de los pasajeros o simplemente observar por la ventana la consecución fragmentaria de escenas que podían transformarse en puro vértigo. Y es que observar el mundo con detenimiento es otra forma de leer. No sé si mi despiste y mi escasa capacidad de orientación se deba a que muchas veces ando en el transcurrir entre dos mundos: el que piso, el que me arropa y los otros, los derivados de lecturas.

Cuando toca realizar viajes largos calculo los días para decidir cuántos libros cargar. Por supuesto, siempre llevo de más, que en la mayoría de los casos permanecen a la espera de un soplo de lectura. En una ocasión rompí mi propia regla de cargar volúmenes ligeros. Estaba inmersa con un tomo de los cuentos completos de Chéjov y me obstiné en continuarlo. Una noche soñé a un pequeño niño regordete que se alejaba de mis anhelantes brazos haciendo aspavientos y dando voces de terror, porque supuestamente mi indiferencia lo había convertido en un huérfano doliente. Desperté angustiada, miré de reojo el voluminoso ejemplar en la mesita de noche y me fue imposible no relacionarlo con el niño de mis sueños.

AFIRMA SIRI HUSTVEDT en su libro *Madres, padres y demás* que sin duda

nos relacionamos con los libros, en particular con las novelas, con una intimidad que no se aplica a los demás objetos inanimados. La historia que se lee está impregnada de las huellas de otro ser humano vivo, que no se encuentra físicamente en ella, pero cuyo aliento y existencia están presentes en los ritmos y los significados de las palabras que llenan las páginas y que encarnan literalmente en el lector —se incorporan a su ser biológico—, dando lugar a una mezcla de dos. Un libro querido permanece en el lector como un

fantasma, con resonancias tanto conscientes como inconscientes.

Hace algunos años, a punto de terminar *La carretera*, de Cormac McCarthy, sonó el timbre y recibí, con puntualidad inusitada, la visita de amigos célebres por su impuntualidad. Según mis cálculos llegarían tiempo después de haber leído la última línea del libro y tendría oportunidad para dejarme llevar por la ensoñación del mundo que dolorosamente se deslizaba hacia las penumbras del inconsciente, luego de haberme proporcionado una exaltación de emociones. A pesar del indiscutible disfrute de la noche, una pequeña punzada de molestia por haber sido puntuales se mantuvo hasta que se despidieron, ya demasiado tarde para continuar leyendo. Eso sí, me levanté lo más temprano que pude para concluir e incorporarlo a mi nutrida tribu de fantasmas.

La belleza del objeto también me cautiva. No siempre los libros que económicamente han estado a mi alcance son los que yo quería. Suelo comprar las ediciones más baratas cuando existen; otras veces me conformo con el más ansiado, consciente de que con ese dinero podría adquirir dos o tres de editoriales menos prohibitivas. De cualquier manera, me he tenido que resignar con ver desfilar ante mí títulos magníficos que, hoscós y vanidosos, se han mantenido siempre fuera de mi alcance. Las librerías de viejo y los puestos callejeros también son lugares luminosos de encuentro. Hace tiempo, en un puesto callejero, un libro muy maltratado llamó poderosamente mi atención. Leí la contraportada y un par de párrafos al azar en el interior; me lo llevé. Empecé a leerlo casi de inmediato y no lo hubiera soltado de no ser por un compromiso fuera. Al volver a casa hallé el libro hecho confeti y esparcido por todos los espacios. Mi perrita, seguramente molesta por haberla dejado una tarde sola, tomó el objeto que, ella sabía, ocupaba mi atención y lo destruyó. Ha sido la primera y la última vez que le he gritado de verdad enojada. El libro era *El ancho mar de los sargazos*, de Jean Rhys. Desde entonces leo y releo con atención todas las obras que he logrado adquirir de esa autora.

EL OBJETO, AL MENOS para mí, tiene un valor que rebasa los límites del disfrute de la lectura. El papel, la caja, el aire entre palabras, la encuadernación, la portada, la disposición de las palabras en el título, el colofón; todos los minúsculos y mayúsculos detalles de la confección del libro aportan para gozarlo. Quizá por eso me gusta tanto el proceso, cuando me toca elaborarlos: elegir la tipografía, la distribución de los espacios, conceptualizar la portada, la estrategia de confección del objeto, los guiños. Absolutamente todo contribuye al tipo de lectura que nos provocan.

Con todo y mi profundo amor y deleite por el libro físico, desde que adopté un aparato digital de lectura, haré ya más de cinco años, oscilo entre el papel y la pantalla. El cuerpo lo advierte. Los brazos, la posición de las manos, el tacto con los objetos, la trayectoria de los ojos que recorren los símbolos, la curvatura de la espalda y la inclinación del cuello son distintos. Las experiencias se contraponen, se entrelazan, sin difuminarse jamás. El placer muta, se contorsiona y se manifiesta con otras tesituras. Las preguntas respiran de maneras distintas del papel a la pantalla y de la pantalla al papel.

Ocurre que después de leer el libro electrónico, una obsesión desmedida me habita y preciso con urgencia idénticas palabras, oraciones, párrafos, capítulos en tinta sobre papel. Otras veces, la lectura no me empuja a la librería para conseguir el objeto que se transformará en único en mis manos, porque todos leemos de formas distintas y no me refiero solamente al acomodo corporal; sobre todo hablo del acomodo intelectual, de las otras lecturas que se entrelazan inevitablemente, de la profundidad, las referencias externas que, si tenemos suerte, se vuelven propias; de los detonantes creativos y las preguntas. Porque un buen libro hace preguntas al que lee. Un buen libro propone enigmas y traza laberintos.

Ahora, con el aparato de lectura, me resulta más fácil transitar de un título a otro, sin el testigo mudo sobre la mesa que me mire con rencor. Leo dos o tres al mismo tiempo: una novela, cuentos, ensayos. Inevitablemente en algún momento me decanto por uno

“NO SÉ SI MI DESPISTE Y MI ESCASA CAPACIDAD DE ORIENTACIÓN SE DEBA A QUE MUCHAS VECES ANDO EN EL TRANSCURRIR ENTRE DOS MUNDOS: EL QUE PISO, EL QUE ME ARROPA Y LOS OTROS, LOS DERIVADOS DE LECTURAS”.

de ellos, mientras los otros, pacientes, aguardan a reanudar el periplo.

También ha cambiado mi idea de la posesión. Nunca me gustó prestar libros. Ahora ya no tengo tantas reservas. Todavía me maravillan los de confecciones delicadas y atrevidas, pero ya no siento la necesidad de encerrarlos. Después de todo, si no son abiertos, hojeados, leídos y devorados es como si no existieran. Quizá algo tenga que ver mi bigamia; tengo una vida privada con los tomos en papel y otra distinta con la pantalla.

Hace varios meses colapsó el aparato de lectura con el que me había encariñado, no sólo por su utilidad sino porque me lo obsequió un amigo entrañable. De pronto pasaba las páginas a una velocidad vertiginosa, sin hacer el menor caso a los botones que presionaba para detenerlo. De haber sido un ejemplar en papel, me hubiera abanicado con ahínco. Lo apagué espantada. Cuando lo encendí, después de una espera angustiada de varios minutos con la esperanza de que despertara, descubrí que había perdido todos los libros. Entonces lo formateé y volví a alimentarlo para que la pantalla me devolviera las opciones de lectura. Todo parecía desarrollarse de la manera esperada, hasta que las letras enloquecieron, adquirieron movimientos de contorsionista y se retorcieron en la pantalla que danzaba al ritmo de los títulos de la biblioteca o mostraba las enajenadas oraciones del interior de cualquiera de los libros ahí contenidos. Y tras unos minutos, se apagó para no volver a encenderse. Durante algunos días intenté revivir el cadáver, pero fue inútil. Incapaz de echarlo a la basura, ahora reposa el sueño eterno en el fondo de un cajón del escritorio. No tardé mucho tiempo en adquirir otro.

CUANDO ESCUCHO O LEO la disparatada pregunta *¿Qué libro te llevarías a una isla desierta?*, siempre tengo una respuesta distinta. Sé que el aparato, por más libros que contenga, es una pésima idea, del mismo modo que la idea de un volumen único me parece absurda. Mis gustos y preferencias están en constante cambio; un día prefiero uno; otro día, otro. A veces releo algo que me pareció una maravilla y con el tiempo lo encuentro deslucido, ajado, agónico. Otros, en cambio, me maravillan de manera distinta cada vez. Autores como Djuna Barnes, Fiódor Dostoyevski, Samuel Beckett, Franz Kafka, Claire Keegan, Charlotte Brontë, Armonía Somers, Amparo Dávila y Adela Fernández, por mencionar algunos, se han convertido en lecturas indispensables, a las que regreso con frecuencia para dialogar. Me dejan en estado de deslumbramiento e impulsan reflexiones no sólo en torno a la literatura o la lectura, sino sobre la vida misma y sus tropiezos. Me invitan a reflexionar acerca de mi propia locura, los relatos de historias ajenas, la distorsión de la realidad, las pesadillas, los recuerdos, los encuentros, los desencuentros, los instantes fugaces en que la felicidad aparece.

Los libros estimulan la memoria, en la lectura en turno incide nuestra

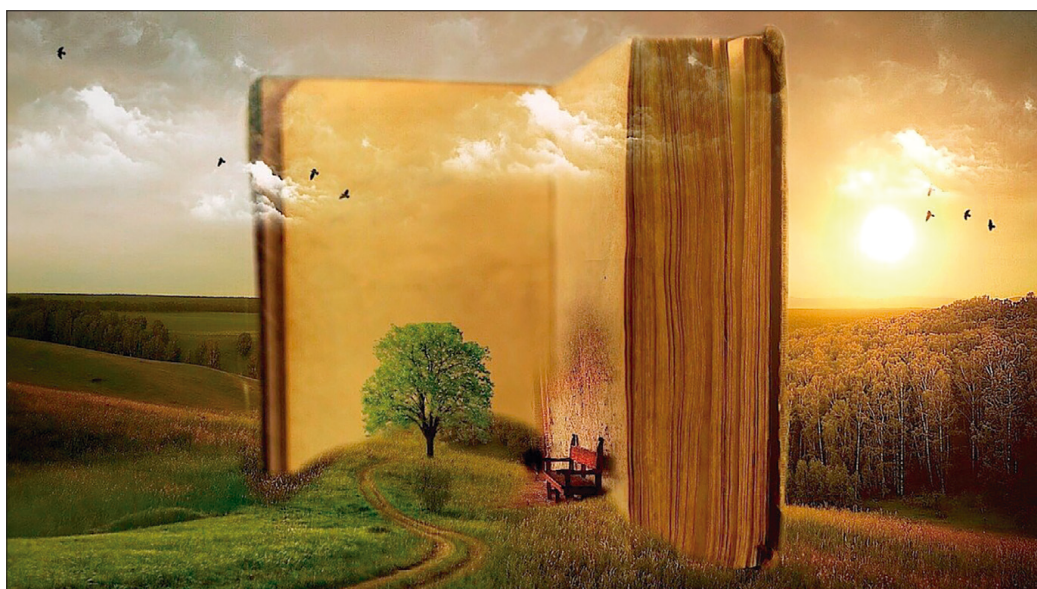


Ilustración ▶ Mystic Art Design / n Pixabay.com

carga personal de recuerdos y experiencias. Cada lector interpretará las narrativas y se hundirá a muy distintas profundidades de su propio yo para mirar con menor o mayor detalle el escenario, comprender la psicología de los personajes y emocionarse con los conflictos. Gracias a la memoria logramos desentrañar el potencial de horror, belleza y sentido que nos ofrece un buen libro.

Dice María Teresa Andretto que una de las funciones fundamentales del arte es problematizar lo que hemos normalizado. En este sentido, el tipo de libros que prefiero son los que complejizan la vida e incitan la elaboración de un pensamiento propio en constante mutación. Leo para concentrarme, para abstraerme y encontrarme, pero también para afinar la observación de mi entorno.

Por ejemplo, la lectura de *Panza de burro*, novela de Andrea Abreu, me lleva a reflexionar sobre el uso del lenguaje, la desobediencia necesaria ante el canon y la inagotable belleza de las palabras, del ritmo, de sus posibilidades. La literatura ocupa distintos registros del lenguaje, mediante los cuales podemos asomarnos a otras realidades, culturas, modos de concebir el mundo, rebeldías y dolores.

JAMÁS HE ESTADO CERCANA a la realidad del fuego, a las cavidades de la Tierra. Con todo, Ana Paula Maia logra arrastrarme a esa honda realidad contenida en *Carbón animal*. Los libros trazan puentes no sólo entre el escritor y el lector; son puentes entre condiciones de humanidad, formas estéticas y códigos sociales que configuran diversos grupos humanos.

No me tocó la época de Mary Shelley y no me importa, porque *Frankenstein* es una de las obras que cada tanto me plantea preguntas, todas sin respuestas, todas distintas que exploran

territorios cada vez más complejos. Experimentar la angustia por lograr un objetivo antes de una hora determinada y encima con las manos espasadas sin conocer el motivo me obligó a mantenerme al filo del sillón hasta finalizar *Mientras dan las nueve*, del austriaco Leo Perutz.

El banquero anarquista, de Fernando Pessoa, volteó mis convicciones de cabeza. En esa sátira, el protagonista afirma que el proletariado se ha empeñado en establecer una dictadura contra sí mismo, con la supuesta doctrina de la sociedad libre. Pone el acento en el poder de la ficción para tiranizar. Acaso lo único que nos quede sea la condición íntegra de la libertad.

Estos libros, y otros más, me han ofrecido una visión desde diferentes dimensiones. Nunca observamos lo mismo de igual manera; cada volumen abre compuertas oxidadas. No existen solos, si leemos con atención descubrimos una carga enorme de significados que se suma a nuestra experiencia de vida. Los libros proporcionan alas, sí, pero no enseñan a volar; a veces el aprendizaje reside justo en el desplome.

Más allá de ellos, cada uno de nosotros construimos a lo largo de la vida un relato que crea nuestra identidad. Esa narración es indispensable desde que somos niños y tomamos conciencia de nuestra individualidad, para mantener la unidad de nuestro yo, amalgamarlo, sostenerlo a través del tiempo e identificarnos frente a los demás. Decidimos día a día nuestro relato. La narrativa es una poderosa herramienta; sin ella, no somos.

Daniel Pennac afirmaba que cada lectura es un acto de resistencia a todas las contingencias, sean sociales, profesionales, psicológicas, afectivas, climáticas, domésticas, familiares, patológicas, gregarias, ideológicas, así como culturales o umbilicales. Yo agrego que los libros abren grietas, hurgan en las heridas, comparten belleza y horror. No nos ofrecen olvido. Uno bueno se queda en nosotros, muy dentro, hasta los huesos, como la impronta con las que nos marcan las personas que amamos.

Hace algunos meses, un pajarito muerto cayó de lo alto de un árbol una mañana nublada y solitaria. Esa muerte también es vida y literatura. ■

“A VECES RELEO ALGO QUE ME PARECIÓ UNA MARAVILLA Y CON EL TIEMPO LO ENCUENTRO DESLUCIDO, AJADO. OTROS ME MARAVILLAN DE MANERA DISTINTA CADA VEZ”.

Cada deportista vive su pasión de forma distinta: algunos son competitivos, otros más bien meticulosos. No van a la misma velocidad, pues cada uno ha tenido condiciones singulares para dedicarse a su disciplina y, en definitiva, eso influye en las decisiones que toman en la cancha. Daniel Herrera explora las historias de los tres jugadores de la NFL que presenta la serie *Quarterback*, de Netflix, donde más que la vida de mariscales de campo se retratan los matices del entretenimiento que mejor resume el ideal de vida estadounidense.

TRES HISTORIAS

DE FUTBOL AMERICANO

DANIEL HERRERA
@puratolvanera

Este no es un deporte extraño para el cine y la televisión estadounidenses. Hay de todo: un montón de películas, desde comedias estúpidas hasta muy aceptables películas, como *Any Given Sunday* o *Concussion*. En la televisión, las historias no giran alrededor del fútbol americano, sino que éste funciona como un detonante para la dramatización de sus personajes. Esta regla cambia cuando estamos ante una miniserie documental. Hay bastantes ejemplos y a esa lista viene a sumarse la nueva producción de Netflix: *Quarterback*. La miniserie de ocho capítulos sigue a tres *quarterbacks* a través de la temporada del año pasado en la NFL. Lo hace con un guion profesional y bien planeado, más un equipo técnico que persiguió tanto en los estadios como fuera de ellos a Patrick Mahomes, Kirk Cousins y Marcus Mariota. Los tres tienen una historia personal significativa, que se va desarrollando poco a poco.

Quarterback, producida por otra reciente leyenda de la NFL, Peyton Manning, termina haciendo que el televidente coma de su mano. Es lo que Netflix ha intentado hacer una y otra vez con sus series y casi nunca puede conseguirlo.

EL ACIERTO ES LA FORMA en que presenta a los tres protagonistas. Tenemos a un *quarterback* joven, una estrella en pleno acenso que casi siempre gana. Mahomes se muestra como un hombre de honor que trabaja en equipo. Tiene una historia de éxito personal que jamás desdeña a quienes lo ayudaron a llegar donde está. Su visión de la vida y del deporte es de alguien optimista, que siempre empuja con empeño para lograr sus objetivos. Por otro lado, Cousins es el estereotipo del WASP norteamericano. Blanco, conservador, padre de familia ejemplar, amante de su país y cristiano. Mariota, en cambio, representa a quienes no lo han tenido fácil. Se cae una y otra vez y, a pesar de todo, no logra triunfar según las exigencias de la sociedad norteamericana.

Los tres tienen una narración bien ejecutada. El joven exitoso en camino a la cima, el adulto estable que hace su trabajo correctamente y el *outsider* que lucha por sobrevivir en un mundo que no es el suyo. A lo anterior debe sumársele la presencia de las esposas. Son tres caracteres distintos: el de Julie Hampton, pareja de Cousins, se disuelve como alguien que le da recomendaciones sobre su vestimenta y no más; Kiyomi Cook,


“ESTE DEPORTE, TAN VAPULEADO POR SU VIOLENCIA, NO LO PRACTICAN SÓLO JUGADORES CON MUCHO MÚSCULO Y POCO CEREBRO”.

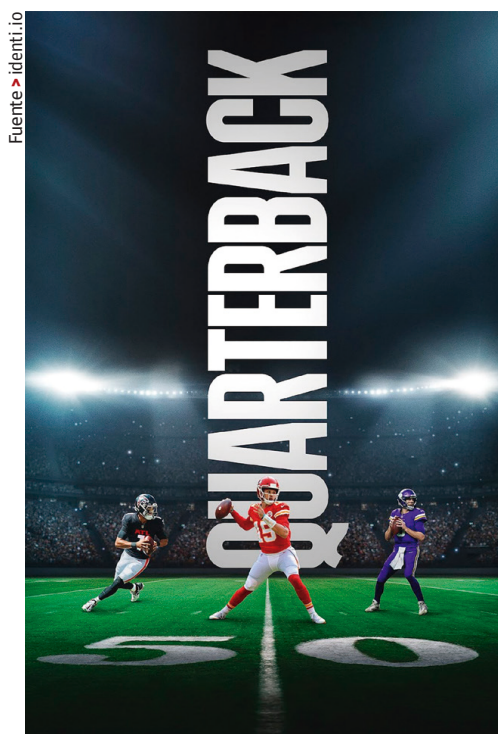
quien es compañera de Mariota, lo acompaña hombro a hombro y lo ayuda hasta en las tareas más complejas, como aprenderse de memoria todas las jugadas; Brittany Matthews, esposa de Mahomes, aparenta ser la típica mujer blanca estadounidense de voz y presencia estridentes, pero conforme se va desarrollando la serie, resulta ser una empresaria con su propia forma de ganarse la vida.

AUNQUE LO ANTERIOR no pareciera ser suficiente para atraer la atención del televidente acostumbrado a ver series de cierta calidad, los capítulos se van desarrollando de dos formas. La primera es revisar el avance de los *quarterbacks* de los tres equipos conforme la temporada del año pasado va sucediendo. El primer capítulo comienza en la semana uno

y el último, en el SuperBowl. La otra narrativa tiene que ver con la vida de cada uno de ellos y lo que representan. Si Mahomes es el joven que va rumbo a convertirse en una leyenda, su visión de la vida y el juego son siempre iguales. No cambia con los problemas por resolver ni con las incomodidades de la liga. Tiene el mismo discurso de principio a fin. Si alguien piensa en el estereotipo del jugador estadounidense, ése que grita que hay que dar más del cien por ciento y para quien el trabajo en equipo es lo más importante, entonces en este *quarterback* de los Chiefs hay un representante. Al terminar la serie compartimos su éxito y su constante empuje por la victoria, pero su discurso está más vacío que el de su mujer. No hay complejidad en su personaje. El ganador principal nunca se sale del guion. Quizá lo que hace distinto es que, a pesar de ser muy educado con los demás, dentro de la cancha es malhablado. No más.

Cousins, como el estadounidense típico, presenta más complejidades. Dentro de él pareciera existir una personalidad que lucha por salir, pero su vida familiar y sus valores cristianos se lo impiden. Mientras yo veía a su esposa, perfectamente maquillada, y con una voz calma él explica cómo es su vida hogareña, no podía dejar de imaginar que los dos tienen una oscura vida oculta. No es posible tanta mesura y serenidad en un jugador de la NFL. Por otro lado, Mariota termina fracasando como *quarterback* y por un momento desaparece de la serie, para ocuparse de su bebé recién nacido. Es el único que parece incómodo ante las preguntas y la cámara. Sus habilidades, aunque extraordinarias, de plano no están a la altura de las circunstancias y, en un momento de crisis, decide renunciar a su equipo. Es tan disruptivo para las estructuras de la NFL que no aparece en dos capítulos.

Quizá la mayor sorpresa para quienes no siguen este deporte es enterarse de que un *quarterback* no es un idiota que únicamente sigue instrucciones de su entrenador. Si algo hace bien la serie es demostrar que este deporte, tan vapuleado por su violencia, no lo practican sólo jugadores con mucho músculo y poco cerebro. Se trata de deportistas de alto rendimiento, que leen y estudian desde las jugadas hasta temas de nutrición y libros sobre las rutinas de los atletas. Y claro, la Biblia, porque la NFL sigue siendo muy el ideal de Estados Unidos. 



Fuente: Identifio

Entre la comunidad cultural mexicana existen gustos lectores bien asentados, aunque también diferencias individuales: en conjunto dan forma a preferencias del todo únicas. Indagar tanto en los puntos de contacto como en las divergencias es el objetivo de este Cuestionario K-Punk del Libro, que llega a su entrega 15.

Laura Sofía Rivero comparte sobre el significado de leer en voz alta con su gente querida, cuál es el título que más ha regalado y qué volumen le recuerda por qué eligió la literatura como su vocación.

CUESTIONARIO K-PUNK

DEL LIBRO • 15

LAURA SOFÍA RIVERO

@LauraSofiaRC

1. ¿Cuántos libros puedes contar en tu biblioteca?

No tengo idea. Son muchos. O por lo menos se han sentido muchos cuando me han acompañado en las mudanzas. Siempre necesito más librerías. Hago malabares para que no se desborden, pero resulta imposible contenerlos. Lo que sí sé es que tengo secciones específicas para distintos entrepaños. Al lado de mi escritorio atesoro una sección que he llamado *Primeros auxilios*, donde están los más preciados, a los que recorro en relecturas, mis salvavidas. Tengo apartados para distintos géneros literarios (ensayo, poesía, cuento, dramaturgia...), pero me gustan particularmente aquellos dedicados a *libros raros*, a la teoría literaria y a los libros de arte. Entre los *raros* albergo historias culturales y ejemplares que versan sobre asuntos muy específicos o extravagantes. La teoría literaria —fue una de mis obsesiones cuando comencé a estudiar Letras Hispánicas— ocupa una gran parte de mi librero y siempre recorro a ella porque me resulta sumamente placentera y estimulante. Los libros de arte son gozosos porque invitan a recorrer museos tan sólo con el pasar de las páginas. Sé que muchas personas los consideran decorativos o señal inequívoca de que en casa habitan seres poco afectos a la lectura, pero a mí me fascinan.

2. ¿Cuál es el título del último libro que compraste?

Dos de Elisa Díaz Castelo: *Planetas habitables* y *El libro de las costumbres rojas*. Considero que es la mejor escritora de mi generación y por eso siempre la leo con emoción. Particularmente me interesa leer su libro de cuentos porque sólo he escuchado algunas versiones previas de un par de ellos.

3. ¿Cuál es el último libro que leíste?

La *Iliada*. Estoy tratando de saldar las deudas que tengo conmigo misma y no me he arrepentido en absoluto. Aunque me preceden más de dos mil años de comentarios elogiosos, siento la necesidad de decirle al mundo que lean este libro como si hubiese sido impreso

ayer. Me parece desconcertante que una historia tan antigua se sienta tan cercana. Me encanta el personaje de Diomedes, es quizá de mis favoritos. De los troyanos es inevitable sentir predilección por Héctor, más cuando voltea a buscar a Deifobo y descubre la treta de Atenea. Alguna vez escuché decir que las epopeyas ya no podían significarnos nada. Pero en esta lectura yo no dejé de experimentar una empatía prodigiosa al notar que todos los personajes tienen rasgos que veo en mí y en quienes me rodean.

4. Menciona cinco libros que signifiquen mucho para ti.

Primero que nada, *Confabulario*, de Juan José Arreola. Me acompañó toda mi infancia y es, quizá, el que más veces he leído en mi vida. Lo conocí por mi padre, quien durante muchos años se desempeñó como maestro de español y literatura. Él solía leer con sus alumnos “Baby H. P.” y “El guardaguasas”. A mí me divertía no entender dónde estaban los límites entre un anuncio y un texto literario. Esa edición roja de Joaquín Mortiz me mostró la voluntad lúdica de la literatura y la orfebrería de la prosa capaz de llamar nuestra atención sobre las cosas cotidianas que parecen intrascendentes.

Mi segunda elección es *El secreto de la fama*, de Gabriel Zaid. Es el libro que más he regalado. Convenientemente es muy barato y suelo comprar tres o cuatro ejemplares de un tirón para tenerlos en el librero y poderlos obsequiar a mis personas favoritas. Creo que es fundamental para cualquiera que se dedique a la literatura. Más en tiempos como los nuestros, en donde todo oficio está supeditado al concurso de popularidad de las redes sociales. Cuando lo leí, me sentí comprendida y menos sola.



LAURA SOFÍA RIVERO (Ciudad de México, 1993), ensayista y docente. Es autora de los libros *Tomografía de lo ínfimo* (2018), *Dios tiene tripas* (2021) y *Enciclopedia de las artes cotidianas* (2022).

“UNO DE MIS INTERESES MÁS PRECIADOS: EL ENSAYO BREVE QUE NACE DE LA VELOCIDAD DE LAS IMPRENTAS, PERO QUE SE SUBLIMA EN FORMA DE LIBRO”.

Mi tercer elegido es un clásico: *Las metamorfosis*, de Ovidio. Además de que me parece una verdadera catedral del lenguaje, inauguró una de las actividades que más disfruto en mi vida diaria: las lecturas acompañadas que realizo con mi pareja. Leemos en voz alta y nos regalamos una disciplina que solos sería difícil de alcanzar. Conversamos nuestros fragmentos preferidos, nos sorprendemos de los hallazgos lingüísticos... Ese deleite de leer con la persona amada me ha hecho comprender, con todas las de la ley, por qué Paolo y Francesca se enamoraron hojeando un libro.

Como cuarta opción elijo *Muerte sin fin*, de José Gorostiza. La primera vez que lo leí no entendí nada. Fue hasta que tuve la guía de las clases de Romeo Tello Garrido cuando por fin logré penetrar en su misterio. Ahora leo el pasaje del reino animal cada vez que pierdo el sentido de la literatura. En esas palabras que no parecen español, que son otra cosa, siempre encuentro las razones de por qué amo los libros.

Finalmente, *Alarmas y digresiones*, de G. K. Chesterton. Ejemplifica uno de mis intereses más preciados: el ensayo breve que nace de la velocidad de las imprentas, en publicaciones periódicas, pero trasciende, se sublima en forma de libro y no envejece. Chesterton hace de los artículos, poemas.

5. Nomina a cinco personas para responder este cuestionario.

A Didi Mantova, ferviente seguidora de los chismógrafos. A Dora Navarrete, librera generosa. Detesto las *cadena*s, pero acepto que me da curiosidad qué contestarían Jorge Comensal, Eduardo Huchín o Gabriel Rodríguez Liceaga, lectores siempre excéntricos. ■

DIEZ AÑOS DESPUÉS de su última novela, la deslumbrante *La transmigración de los cuerpos*, Yuri Herrera vuelve a cimbrarnos con *La estación del pantano*. La no historia sobre los días que Benito Juárez transcurrió en Nueva Orleans antes de convertirse en El Benemérito de las Américas.

En aquellos meses Juárez más bien es una figura mansa, quien por sus rasgos no consigue pasar desapercibida. El paisaje que lo rodea es un intento de ciudad. Un pantano con el que logra mimetizarse para ajustárselo como una nueva patria sugerida. Dedicar su estancia a luchar con el presente. Un presente en sepia, como el lodo seco, por el que deambula con vocación contemplativa. Entonces conocemos Nueva Orleans a través de sus ojos. Una mirada que se antoja novedosa por lo incorrupta. Cualidad indispensable para ver más allá de lo evidente.

BAJO ESTA PREMISA, HERRERA lleva a cabo un experimento insólito en nuestra literatura: reinventar el concepto de la novela histórica. Como un albañil de la palabra se dedica a levantar el muro que falta en el retrato que es la vida del prócer. Una tarea que sólo es posible desde la ficción. Pero que es desde ya más auténtica que cualquier versión que pueda ser enunciada por lo verídico. En esta labor, de una ambición sin precedentes, Herrera despierta un lagarto que estuvo dormido más de un siglo. E inaugura una nueva corriente: la novela de lo impensado.

Como ocurre con todas las novelas de Herrera, el tratamiento del lenguaje en *La estación del pantano* es una preocupación estilística vital. De qué otra manera podría aproximarse a la figura de Juárez si no es a través de una lengua creada ex profeso. Esa lengua de reptil que habita todas sus novelas, pero que en ésta en particular es más indispensable que nunca. Al adentrarse en las peripecias, los vericuetos y las machincuepas de la prosa de Herrera uno entiende que se tarde tanto en construir sus novelas.

La estación del pantano no posee una gran trama. Pero ahí radica una de sus mayores virtudes. Y aunque Herrera no estaba obligado a edificar un retrato fidedigno, tampoco podía ofrecer un perfil de Juárez que no se correspondiera con el que vemos en los billetes de veinte pesos. Pero lo que sí se permitió fue dotar a otros de súper poderes. Como en el caso de Ocampo.

Juárez sufre pesadillas a causa del paludismo. Una de ellas es un episodio delicioso en el que Herrera rinde

DIEZ MIL PIES DE ALTURA, turbulencias severas durante todo el vuelo. Los movimientos bruscos me marean, sube la presión, punzadas en las sienas. La expresión en el rostro de la azafata y el mensaje del piloto me alarman. Entre las nubes, observo la turbina. Me viene el pensamiento recurrente y catastrófico: el avión va a caer. Desprovista de paracaídas y de alas descendiendo de los cielos dando piruetas en el aire hasta caer sobre el concreto. Apenas es domingo. Llego, pero no aterrizo.

EL LUNES ME LEVANTO con la pierna izquierda, se desgarran mientras hago ejercicio, quise correr más rápido, ganarle al tiempo y al reloj, cargar más peso, una mancuerna me cae en el pie, dedo roto quizás. El analgésico no quita el dolor, el músculo está inflamado, cojeo, camino mal. A la noche siguiente se va la luz en casa. Un relámpago ilumina el jardín, un fusible se quema durante la tormenta. Se incendiará la habitación, los muebles, mis cosas, yo voy a arder en cenizas debido a la explosión inevitable. Estar en penumbras no es fácil, no tengo lámpara, la batería del celular se termina.

A la mitad de la semana, en terapia, visito el inframundo de lo inconsciente. Reincido, habito los límites y las fronteras de mí misma, siempre impredecibles e inestables. La ansiedad me sabe amarga y al tragarla son espinas, la psique agujereada, la angustia es un alarido sordo en el interior de mis entrañas. Me rizo las pestañas, se rompen de un extremo, pierdo un lente



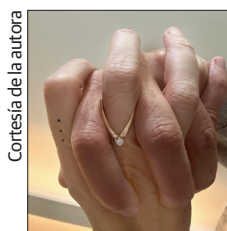
“YURI HERRERA LLEVA
A CABO UN EXPERIMENTO:
REINVENTAR EL CONCEPTO
DE LA NOVELA HISTÓRICA”.

tributo a la literatura vampírica. Ocampo pelea con una pareja de chupasangres para salvar a una doncella. Entonces la trama se disloca. Y se dispara hacia lo alegórico con fuerza inusitada. Y aunque es una novela rigurosa, en ningún momento se toma a sí misma en serio, lo que significa que si Juárez quiere insertar un capítulo de *Buffy the Vampire Slayer*, Herrera se lo va a conceder sin restarle un gramo de seriedad al planteamiento de la no historia.

LA NO HISTORIA ES EL VAGAR de Juárez por un escenario participando a medias de una realidad ajena a sus convicciones pero que le resulta irresistible. Ahí radica otro de los atributos de la novela. Herrera se atreve a confeccionar un Juárez lo más alejado posible del acartonamiento. Nos presenta a uno bailarín. Una de las mejores partes de la novela es la descripción de Juárez al bailar. Porque uno puede sospechar al que se manifiesta contra la venta de esclavos, el que atraviesa el pantano para contactar a un traficante de armas, al chaparrito que como un duendecito moreno husmea por todos los rincones del pantano, pero jamás se plantea la existencia de ése que brilla sobre la pista de baile.

Es una novela con muchas capas. Como obedece a Nueva Orleans, la música figura en sus páginas, tanto en las visitas de Juárez a los cafés donde tocan las bandas, como en los teatros donde atestigua conciertos de pianos y en la musicalidad de la prosa de Herrera. Una que está al servicio de una multitud de personajes que provienen de distintas geografías. *La estación del pantano* es una novela sobre Juárez, sobre Nueva Orleans, pero es ante todo una novela sobre inmigrantes.

En la actualidad son muchos los nombres que pululan por la literatura mexicana, pero la reputación de ésta la sostienen apenas unos cuantos. Que se pueden contar con los dedos. Yuri Herrera es uno de ellos. *La estación del pantano* es prueba de ello. □



“REINCIDO, HABITO
LOS LÍMITES Y LAS FRONTERAS
DE MÍ MISMA, SIEMPRE
IMPREDECIBLES E INESTABLES”.

de contacto. Mi cita a ciegas resulta ser un viejo calvo, gordo y desaliñado. Su tarjeta no pasó, tuve que pagar la cuenta, compartir el taxi de regreso. Tomo un baño, se termina el agua, quedo enjabonada. Me resbalo al salir, me doy un cabezazo. La pizza nunca llega, no funciona Netflix. El viernes no fue ni sexual ni social. Abro la computadora. Varios archivos importantes desaparecieron, no hay restos, un hoyo negro del espacio virtual se los tragó. Eran cuentos inéditos, el borrador de una novela, confesiones del pasado, los mensajes secretos que nos escribimos, fotografías que nunca publiqué. Las contraseñas para recuperarlos no coinciden. No hay Internet.

NADA DE LO QUE PASÓ me asusta más que la idea de no poder dejarte, deshacerme de ti, impedir que me ruegues, de tener que aceptarte de regreso, no mandarte a otra parte, no eres tú, soy yo. Adiós para siempre y volver a empezar.
*No eres para tinta. □

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ
@Charlyfornicio

MI NOMBRE ES LODO

OJOS DE PERRA AZUL

Por
KARLA ZÁRATE
@espia_rusa

TÚ, MI DESASTRE

REDES NEURALES

Por
**JESÚS
RAMÍREZ-BERMÚDEZ**
@JRBneuropsiq

PLURALISMO Y NARRATIVA CLÍNICA

“EL ENFERMO
ANHELA, BUSCA
UN MOVIMIENTO
QUE DEPENDA DE
SU VOLUNTAD,
PARA SENTIR QUE
SU VIDA NO LE HA
SIDO ARREBATADA
DEL TODO”.

Al desarticular la rutina cotidiana, la enfermedad nos destierra de nosotros mismos, nos desampara”. Así comienza el libro de Luis Jorge Boone, *Cámaras secretas* (Siruela, 2022). El propósito inicial de este ensayo es considerar la enfermedad como relato, es decir, analizar la dimensión narrativa de lo patológico. A mi juicio, el autor da continuidad al famoso escrito de Virginia Woolf editado en 1926 por T. S. Eliot: *Estar enfermo*. Según la autora, cuando uno piensa acerca de los efectos de la dolencia en nuestras vidas se vuelve extraño “que la enfermedad no ocupe un sitio entre los temas principales de la literatura, al lado del amor, la guerra y los celos. Uno pensaría que hay novelas dedicadas a la influenza, odas a la neumonía, poemas líricos al dolor de muelas”. Pero no es así, dice Woolf, quien se lamenta por la pobreza del lenguaje frente a la enfermedad. “En el idioma inglés, que puede expresar los pensamientos de Hamlet y la tragedia del rey Lear, no hay palabras que describan el escalofrío o la jaqueca; el lenguaje ha crecido en una sola dirección. La más simple alumna enamorada tiene a Shakespeare y a Keats para hablar por ella; pero si a un doliente se le ocurre describirle al médico su dolor de cabeza, el lenguaje se marchita de inmediato”.

ESTAR ENFERMO, DE WOOLF, aparece como una protesta frente a la indiferencia de la literatura ante la complejidad fenomenológica de la enfermedad. En su escrito se desdibujan las fronteras entre lo físico y lo mental: el padecer es psíquico y corporal a la vez, porque afecta en su totalidad el estado del ser. A diferencia de los relatos testimoniales centrados en la autobiografía, la británica presenta un relato de sus pensamientos verbales: es una narración que trata acerca de los estados reflexivos de su consciencia durante la vivencia de estar enfermo. En *Cámaras secretas*, Luis Jorge Boone transita esos caminos y desarrolla un entendimiento lleno de asombro acerca del cuerpo y el dolor, y de manera inusual, es capaz de inscribir esa comprensión asombrada en las páginas del libro, mediante claves verbales.

Boone pone en palabras una historia abstracta: la historia clínica de la consciencia frente al dolor y el sufrimiento del cuerpo, en un sentido general. La primera sección del libro, “Diagnóstico”, aborda el tránsito del enfermo desde la incertidumbre hacia la conceptualización progresiva de lo patológico, mediante un proceso diagnóstico que incluye conceptos médicos pero también las experiencias repetidas que convierten al paciente en experto de su propia condición. “Postrado, el enfermo anhela, busca un movimiento que dependa de su voluntad, lo necesita para sentir que su vida no le ha sido arrebatada del todo. El diagnóstico es el primer paso en esa dirección. Con él, puede ubicarse dentro del mapa de su mal, pero también en el de su recuperación: se convierte en paciente, ya no se desconoce, sino que se reconoce extranjero de sí mismo”. La segunda sección del libro, “La lucha con el ángel”, aborda las conexiones entre el cuerpo y la literatura a través de algunos escritos contemporáneos: *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, del neurólogo Oliver Sacks; *Nuestro lado oscuro*, de la psicoanalista Elisabeth Roudinesco; *Moneda de tres caras*, del poeta Francisco Hernández, o el poema “Fiebre”, de David Huerta. Con estas referencias, Boone construye un diálogo transdisciplinario. La tercera sección del libro, titulada “Breve antología del amor crepuscular”, recupera los problemas que Francisco González Crussí planteó en *La enfermedad del amor*, es decir: el análisis del mal de amores. La cuarta sección del libro, “Obra negra”, nos presenta “un recorrido por un hospital imaginario cuyas salas se encuentran en la realidad”.



Fuente: Ehimetalor Akhere Unuabona / unsplash.com

En ese lugar imaginario encontramos las historias clínicas de Sylvia Plath, Roberto Bolaño, Carson McCullers, Tomas Tranströmer, Ricardo Piglia y la trayectoria de María Luisa Puga hacia su entrañable *Diario del dolor*. En el capítulo “Expediente de seguimiento”, Boone narra la relación entre una enfermedad osteomuscular y el desarrollo de su escritura poética.

FRENTE A LA BRUSCA REALIDAD de las enfermedades, muchos de nosotros hemos buscado el amparo de la literatura, como si pudiera darnos un consuelo cuando la ciencia de lo patológico había llegado a un límite. Me explico: la investigación científica se desarrolla tras muchas décadas; al final ganamos conocimientos útiles para sanar enfermedades y aliviar el sufrimiento. Sin embargo, la realidad clínica no descansa. A diario surgen preguntas y enigmas para los clínicos y sus pacientes. Cada día encontramos motivos para la reflexión ética. Todos los días hay personas con dolor incurable o inexplicable. A la espera de una resolución, muchos de nosotros —enfermos, clínicos, científicos, lectores o escritores— hemos recurrido a la literatura para buscar el sentido de lo inevitable, para hilvanar nuestras experiencias de lo patológico en el contexto más amplio de nuestras vidas. Así ha surgido la tradición literaria de la narrativa clínica: es un esfuerzo artístico frente a la necesidad de construir el sentido vital.

Algunos libros del género se ubican en la frontera entre el reporte científico y la narración clínica: allí encontramos a Alexandr Luria, a Oliver Sacks, a Antonio Damasio y a Francisco González Crussí. Hay obras testimoniales, como los trabajos pioneros de Gérard de Nerval o los trabajos contemporáneos de Marsha Linehan, Kay Jamison o Siri Hustvedt, que reflexionan sobre los padecimientos mentales desde la experiencia misma del padecer. *Cámaras secretas*, de Luis Jorge Boone, explora una frontera diferente: el libro aparece en el límite de la poesía y el ensayo literario. Como si tuviera un microscopio para amplificar los procesos de la creación literaria, Boone estudia con atención minuciosa el nacimiento de metáforas que nos ayudan a entender la vivencia desconcertante del padecer.

Mediante sus *Cámaras secretas*, Boone nos muestra que el entrecruzamiento de la enfermedad, el cuerpo y la literatura genera puntos de vista multifacéticos sobre la experiencia clínica, incorporando la perspectiva de quienes sufren. La tradición de la narrativa clínica encarna la tensión entre perspectivas diversas en el campo de la salud, incluso historias que desafían abiertamente la perspectiva médica. La narrativa clínica defiende el diálogo y el pluralismo frente a las visiones estereotipadas de la experiencia humana, ante las ideologías reduccionistas, frente a los discursos del mercado o las posiciones autoritarias. Al provocar el entendimiento entre visiones opuestas, las artes narrativas pueden actuar, quizá, como instancias mediadoras o pacificadoras. ■